

ABC Cultural

Número 263

15 de noviembre de 1996

ABC de las artes

LOS CÓDIGOS DE CARLOS VIDAL

La obra del mexicano Carlos Vidal (Chiapas, 1957) nos coloca desde el primer vistazo en la posición del descifrador. No la del que está forzado a sentir o enten-

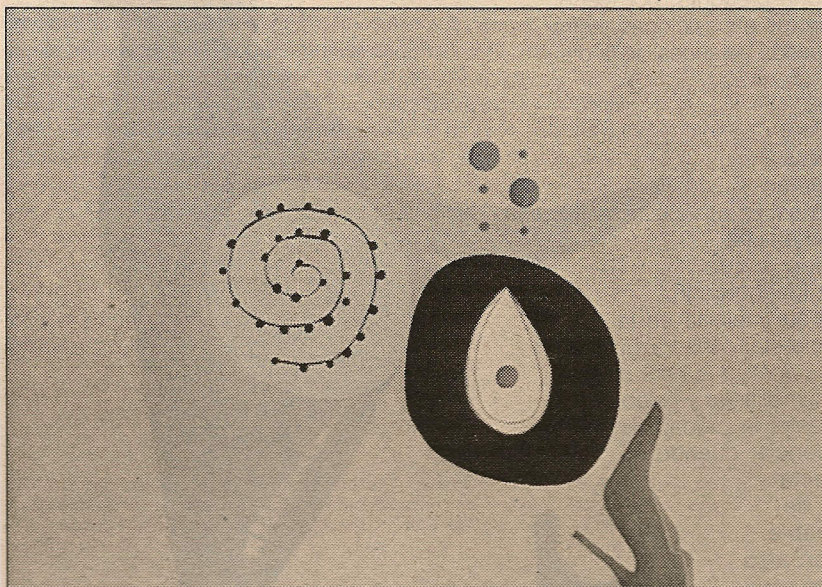
*Galería Max Estrella
Galileo, 73 (pasaje). Madrid
Hasta mediados de diciembre
De 125.000 a 700.000 pesetas*

der, sino la de quien tiene que «leer» unos signos cuyos significado desconoce, pero que percibe pujando por hacerse explícito desde el fondo de la tela. Estamos ante la formulación de un código compuesto por letras, formas y dibujos desconcertados, que no se ordenan en secuencias, sino en conjuntos que forman algo así como esponjosos ideogramas. La otra referencia que viene a la cabeza es el «grafitti»: Jean Michael Basquiat, pero más limpio y también menos enérgico en el trazo. Los colores en cambio sí lo son. Colores de la paleta expresionista que templan la frialdad de las imágenes.

Vidal utiliza formatos amplios que parecen aún más grandes de lo que son. Superficies celosamente cubiertas de colores intensos, que translucen figuras amortajadas con ellos. Otra vez el re-

cuerdo del muro pintado y vuelto a pintar y sus significados ocultos. Y en él, flotantes, zapatos de tacón, botellas, rostros masculinos y relojes. Todo esquemático y previsible, fetiche deliberado, parte tomada por el todo en sus rasgos más punzantes. Nada es silencioso: las manos ejecutan los gestos de un alfabeto, los grupos de puntos repiten signos de Braille. Vidal no representa la realidad, sino los códigos de representación de la misma. Por eso tal vez el espectador que andaba buscando sentido a los lienzos fracase, porque los propios lienzos también andan buscándole. Acaso Vidal sólo colecciona imágenes y fragmentos de palabras a la espera de que entre ellos se defina lo que son. Las cuestión entonces no es lo que quiere decir el pintor sino lo que dicen sus cuadros. Y un cuadro no dice, sino que es. Por eso todo intento de explicarlo intelectualmente está condenado al fracaso.

José María PARREÑO



«Gotas de tinta en el desierto» (97 x 130)